

CÓMPLICE Y ARGUMENTO

Las sociedades habituales a la corrupción de sus dirigentes, sin ánimo para cambiar el sistema de poder que la produce, cambian el sentido normal de las palabras que la califican. Normalizan la situación, y tranquilizan sus conciencias, no llamando a las cosas inmorales con sus terribles nombres. Así, llaman honesto, a lo que no es una fechoría descubierta; honroso, a lo que sólo escandaliza al adversario; puro, a lo que recata pudorosamente la impureza; decoroso, a lo que hace habitable lo ruinoso; digno, a lo que está altanero en la indignidad; amistoso, a lo que no apuñala por la espalda; nobleza, a lo que convive sin desdén con la baja; respetable, a lo que sólo tiene poder; sano, a lo que está podrido a medias; leal, a lo desleal consigo mismo; serio, a lo que viste de formalidad la insensatez; prudente, a lo que secuestra la verdad y prostituye la justicia; justo, a lo que es producto de un reparto; tranquilo, a lo que no se conmueve ni se indigna con la mentira y el delito de los poderosos; austero, a lo que dilapida con una sola mano; veraz, a lo que dice medias mentiras; discreto, a lo que actúa en la sombra. Para qué seguir.



tiende a borrar las ideas de fracaso y falsedad de la clase dirigente, tal vez sea la palabra «argumento». Que ya no significa raciocinio, como en Aquiles, o razonamiento probatorio, como en la filosofía, o resu-

men de una historia ficticia, como en las películas y las obras literarias. «Argumentos» son los hechos, noticias o elementos justificativos de lo que sea, diario o partido de fútbol.

Con palabras desatinadas, como con notas musicales desafinadas, no es posible saber el sentido de una sociedad o de una sinfonía. El bastardo lenguaje de la transición suprime la claridad y el entendimiento de las conductas. Porque no entender nada lleva, como en teología, a comprenderlo todo: la necesidad del mal en política y la conveniencia de su impunidad. En la primera versión de la *Ifigenia de Goethe*, Pilades decía: «Los hombres llaman puro a lo que está mancillado a medias. Son tan complicados que no pueden obrar de manera clara, ni consigo mismo ni con los demás».

Antonio GARCÍA TREVIJANO

El lenguaje grisalla la semántica. El blanco y negro de las voces relativas a la moral entran en desuso. Al parecer, su simplicidad maniquea no permitiría describir la necesaria implicación del mal en toda conducta que pretende ser moderna. Y si, por su abolengo, las palabras se resisten a significar el punto medio frente a su contraria, dejan de usarse literalmente. Así han desaparecido del lenguaje común, con pasmosa prontitud, palabras tan inequívocas como caballerrosidad, hidalguía, señorío, galantería, palabra de honor, hombría de bien, magnánimo, bien nacido, patria, y tantas otras que, por su precisión moral, los medios de comunicación no osan emplear. El paradigma de este fenómeno tan degradante del lenguaje, y que tiende a suprimir las voces que reclaman ideas de culpa o responsabilidad, tal vez sea la palabra «cómplice». Que ha sido extraída de la esfera penal, donde únicamente tiene sentido, para designar positivamente al partidario de lo que sea, programa de televisión o partido político.

La degradación del lenguaje moral habría sido imposible sin otra degradación paralela de las palabras comunes que designan los valores del mundo intelectual, deportivo y artístico. La listezza se llama inteligencia. La astucia, voluntad. Lo eficaz, adecuado. Lo conveniente, verdad. La frase, discurso. Lo ocurrente, agudo. La inventiva, razón. Lo difícil, complicado. Lo fácil, inspirado. Lo paradójico, lógico. La verborrea, elocuencia. El móvil, causa. El azar, previsión. La fantasía, imaginación. El instinto animal, intuición. La artificialidad, arte. Lo pequeño, particular. Lo feo, interesante. La agilidad, gracia. La brutalidad, fuerza. El plagio, creación. Para qué seguir. El paradigma de esta malhadada subversión del lenguaje culto, que

LA INDUSTRIALIZACIÓN DEL DEPORTE

«No se hizo el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre», nos dice el Evangelio. Y, parodiando el cristiano aforismo, podríamos preguntarnos: ¿se hizo el deporte para el ser humano, o el ser humano para el deporte? Hace una semana dediqué un artículo a criticar la política deportiva que padecemos en nuestro país, centrada en el espectáculo. Y García Trevijano, en columna paralela y en bellas palabras, realizaba una exaltación del esfuerzo atlético como afán perenne de superación. Me parece pertinente empalmar ahora con la inquietud, que afloraba al final de mi artículo, sobre la industrialización y mercantilización del deporte y, en esta línea, establecer un pequeño diálogo con mi amigo García Trevijano.

En efecto, creo que estamos asistiendo a una degeneración de lo que el deporte, concretamente el atletismo, ya que en estos momentos se encuentra en primer plano, debería representar y llevar a la práctica en un mundo presidido por los más altos valores humanos. En este sentido, estimo que el ejercicio atlético es capaz de realizar dos grandes fines, por una parte el perfeccionamiento de nuestro cuerpo en el ideal de armonía y plenitud de nuestro ser,



por otra, la realización del esfuerzo de superación, el anhelo de llegar siempre más lejos, en cuya suprema nobleza insiste García Trevijano. Y todo ello en un ambiente de belleza y confraternidad. En el mundo griego los juegos atléticos se

ofrecían a esta esplendorosa luz. Los héroes hómicos competían y exhibían su poderío sobre la arena deportiva, tal como Odiseo sorprendió a los feacios con su potencia en el lanzamiento del disco. Pero su timbre de gloria, de «aristoi», se centraba en el valor y la destreza en el combate, así como en la excelencia del discurso en la Asamblea. El esfuerzo atlético era la prolongación estética y lúdica de tales virtudes propias de la clase heroica. Es más, la misma evolución del canon de belleza atlética del Doriforo de Policeto al Apoxiomenos de Lisipo nos muestra el modo en que la misma concepción del cuerpo va refinándose, primando el ágil desarrollo y flexibilidad sobre la elementalidad de la mera masa muscular.

Y, originariamente, la renovación de los juegos olímpicos y la difusión del deporte desde el pasado siglo se emplazaron en estas perspectivas. Jugando nuevamente con las palabras de la evangélica cita, diríamos que el deporte era concebido como un sábado, como el momento del ocio en que éste no se queda en descanso pasivo, sino que es aprovechado para la realización de nuevas posibilidades en nuestro ser, que el trabajo intelectual o la unilateralidad deformante del físico no han permitido realizar. Significaba o pretendía significar una aportación a una vida más plenariamente rica. Pero no constituía la tarea capaz de llenar la semana, convertida en profesión.

Y esta última concepción es la que ha prevalecido. El gran deporte espectáculo no sirve a sus ejecutantes sino que los utiliza. El objetivo es, como en toda la industria, fabricar un producto, en este caso cuerpos de hombres y mujeres capaces, a través de la especialización y la absorción de su vida, de conseguir las mejores marcas. Y, con ellas, por una parte, satisfacer el orgullo chauvinista de ver triunfante la bandera del país que ha dirigido y devorado la vida del atleta. Por otra hacer rentables en el gran mercado del deporte espectáculo las inversiones de tal industria. Aunque todavía debemos notar las pequeñas falacias que se ocultan en el espejismo, en la necesidad de aparentar una superación constante. Quien se admire ante el despegue de las plusmarcas en saltos, debería tener en cuenta cómo de la pértiga rígida se pasó a la flexible, o, cómo en salto de altura se han cambiado las normas permitiendo estilos antes prohibidos, sin olvidar en otras especialidades la importancia de las innovaciones introducidas en el calzado y el material, que facilitan el rendimiento del atleta.

En definitiva se trata, una vez más, de fabricar ilusiones. Las de un voluminoso y sedentario espectador, que en las gradas o ante la pantalla de la televisión, se siente participante del triunfo de su país, mientras engulle una hamburguesa —o cualquier otro tipo de basura— rociada por buenos tragos de cerveza. Triste fin de una hermosa historia en que, nuevamente, el ser humano ha sido transformado en mercancía.

Carlos PARÍS

PROTAGONISMO

Tanto ir por el País Vasco, tanto hablar con la gente de aquella entrañable tierra española, que Juan Bravo se ha echado un amigo de Herri Batasuna. Como lo oyen. Aunque parezca increíble.

El «batusuno» en cuestión es persona razonable, al que no le parece raro salir de su tierra para hablar y contrastar opiniones con otros españoles. Y hace unos días, compartiendo una botella de Valdepeñas en una de las tabernas del Madrid de los Austrias, hizo una confidencia a JB:

«¿Sabes lo que realmente ha molestado a HB y que ha motivado la suspensión de las reuniones entre nuestra coalición y el Gobier-

no? Pues que Aznar no haya recibido a Arnaldo Otegui en el Palacio de la Moncloa».

En HB suspiraban, aunque no lo reconocían, por ver al presidente del Gobierno español recibiendo en la escalera de la Moncloa al que fuera miembro de ETA y que estuvo en la cárcel por participar en el secuestro de un empresario. Y que le recibiera sin haber condenado previamente la violencia callejera.

Y es que las grandezas y las miserias humanas pasan a veces por algo tan comprensible como es el protagonismo. Aunque Herri Batasuna lo llamen «oficializar» los contactos.

Juan BRAVO

